

establecimiento de *líneas* de las cuales nos hubiese hablado, *tan á conciencia*, en aquellos tiempos de revueltas y *revoltijos*, el veterano General Elío, caballero de piés á cabeza en opinión de

lo fuera, no se unirían tanto los carlistas y los conservadores liberales de por acá, que parecen lobos de una camada, cuando deberían estar como perros y gatos; á honesta distancia, se entiende.

Pero lo que dirá esa gente de buen componer: por más que parezcamos *unos...* no lo somos. Como tampoco son una sola ciertas palabras de mi folleto, verbigracia la segunda y tercera de la página 62 que vayan ustedes á saber por qué se pegarian así, á la manera que los católicos de *pega* suelen *pegarse* á los liberales en vez de pegarles de lo lindo.

De las apariencias de catolicismo de algunos puntos no se puede fiar mucho más que de los dos *guiones* del último párrafo de la página 67 de mi folleto, los cuales deberían estar *colocados* entre Los Imitadores de Lucifer y los monárquicos de ocasion, como los pidalinos cuando manda Cánovas del Castillo y en el de proa de la *Capitana* va el poderoso h.: Barceló señor de los mares... de la política liberal española contemporánea.

todo el mundo y soldado de grandes dotes, y el personaje militar más funesto á la causa del duque de Madrid, según mi leal saber y entender.

Para terminar esta nota, casi diplomática, por lo intrincada, y ahorrarme dos ó tres más en este *lio literario* tan parecido á la Santa Biblia en lo de no poderse leer sin *notas*,—y perdóneseme la irreverente comparación,—cúmpleme declarar lo siguiente.

Cuando por Abril del año pasado se ocuparon tanto los Madrileños en el *negocio* de las bombas que tales *bombos* proporcionó á Muñoz, dije para mi americana de entre-tiempo:—ahora ó nunca.—Si con *petardos* así, se medra, ¿qué haría yo con uno tan cargado como lo está el país de la política de Cánovas? Y dicho y hecho. Me decidí á escribir un folleto que reventase..... á todo el mundo, y he aquí mi petardo con carga máxima, para *cargar* á mis lectores, más que Fabié con sus discursos, al congreso de los diputados.

Que disparen ahora bala rasa *contra* mi folletuco por más de que no digo ya, como al principio, disparar sobre, porque *sobres* no se disparan hoy á no sér con cartas *fulminantes* como las famosas de D. Antonio Cánovas del Castillo á Silvela y á Villaverde.

Exageraciones á un lado y líneas á otro queda, todavía, en el corazón del asunto, para esplicarnos el desenlace de la última guerra carlista, la levadura enve-

De algunas erratas de imprenta como *elocuyente* por *elocuente* (página 29, segundo párrafo) y otras así, no hago mención en esta fe de erratas *notable*—siquiera porque va en una *nota*—que al fin y á la postre no hay en esta *Summa* de disparates las erratas de imprenta que un sábio Padre dominico encontró el año 1558 en la *Summa* de Santo Tomás, y que llenaban ciento once páginas.

La prosodia y la ortografía de mi folletuco primorosamente cuidadas por mis dos amigos correctores de que hablo al principio, se quedaron en la copia en limpio de mi desdichado trabajillo. No teniendo yo que perder, en el concepto de mis compañeros y conocidos, otra cosa que mi reputación de gramático, he atropellado por todo y aquí va mi folleto tal y como salió cuando no sabia yo palabra de gramática castellana.

Perdónenmelo mis lectores en gracia de mi sacrificio cuyos motivos no son para expuestos ahora.

Y aunque fuese yo el mismísimo P. Coloma elevado á la quinta potencia, y escribir Pequeñeces después de mi una necedad, al igual

nenada que fermentaba en las honradas masas, y, Dios mediante, analizaré, sin *escrúpulos*, en una *Psicología del Carlismo*. (1).

que después de Homero escribir *Iliadas*, concluiría yo este folleto con unas hermosas palabras copiadas, á la letra, de los Ejercicios espirituales de San Ignacio explicados por el Excmo. é Ilmo. D. Antonio Maria Claret, Arzobispo de Trajanópolis, in part. inf.

«Sí, ó Jesús mío, yo detesto y maldigo todos los pensamientos y deseos vanos, todas las complacencias que he tenido en las alabanzas y honores, y todas las obras que he hecho por vanagloria. Sí, todo esto lo detesto y maldigo, y quiero que sea maldito por siempre... Vos sois la fuente y el origen de todo bien; á Vos solo se deben las alabanzas, honores y bendiciones; yo, que soy pecador, no merezco otra cosa que la confusion y desprecio de todos.

(1) Me parece oportuno copiar aquí, por vía de nota, siquiera sea larga la cita, unos cuantos párrafos del opúsculo titulado: «Consideraciones políticas sobre la situación de España», original del ilustre filósofo español D. Jaime Balmes, y publicado por primera vez, en Barcelona, en 1840.

Sí, como dice Luis Cabrera de Córdoba, «El

Penitencia, mis queridos compañeros antiguos, penitencia; como la dijo María Inmaculada, en Lourdes, á la sencilla Bernardita que, por encargo del Reverendo *Peiramale*, pedía cando-

que mira la Historia de los antiguos tiempos atentamente y lo que enseñan guarda, tiene luz para las cosas futuras, pues una misma manera de mundo es todo, y las que han sido vuelven, aunque debajo de diversos nombres, figuras y colores, que los sabios conocen», nada mejor, para considerar á la luz de la buena filosofía el desenlace de la última campaña carlista, que las atinadas reflexiones de Balmes á la terminación de la guerra de los siete años.

«..... La causa de D. Carlos, decía, se hallaba ligada con un principio que ha sobrevivido á los esfuerzos que más de treinta años há se están haciendo para estirparla, y que, á juzgar por los efectos, debía de ser muy fuerte, puesto que ha sostenido la guerra por espacio de siete años y contra un gobierno establecido, dueño de todas las ciudades y fortalezas y aliado con la Francia y la Inglaterra. Se dirá que este principio no ha prevalecido y que el éxito de la guerra no le ha sido favorable; pero esto no prueba que el

— 213 —
rosamente á la Virgen, hiciera
floreced las rosas entre las nieves
del invierno.

Penitencia, mucha penitencia,
si ha de brillar para nosotros el
magnífico sol de la España Vie-

principio no fuera muy fuerte, sino única-
mente que su adversario habrá dispuesto de
más medios. Pero aún hay más, y es la ma-
nera singular con que ha terminado la gue-
rra; manera que no es del caso examinar
ahora, porque es sobrado reciente; pero que
bien de bulto manifiesta la terrible dificultad
que había en dar fin á la contienda con la
sola fuerza de las armas. Los consejeros de
D. Carlos, que conocían los poderosos ele-
mentos con que contaba su causa, creyeron
que, siendo difícil derribar al gobierno de
Madrid por medio de un golpe militar, no
era prudente aventurarle, y pensaron que,
dando lugar al tiempo y dejando que obrasen
los elementos disolventes que tantas veces
amenazaron de muerte la causa de la Reina,
andarían madurándose las cosas y podrían
por fin conseguir el triunfo. Este pensamien-
to era fundado hasta cierto punto; pero en
cambio, á fuerza de calcular la posición ene-
miga, olvidaron la propia; y este olvido los
ha echado á perder á ellos y á su causa.

ja, que tantas rosas hizo florecer para ornato de nuestra patria y de la Iglesia de Jesucristo.

Sacrificio continuo de los intereses caducos, deleznable y perecederos que nos aparten de la

«El genio de Zumalacárregui había formado el ejército de las Provincias y había comprendido muy bien que la posición era excelente para un centro de organización, para una base de operaciones y para un abrigo y refugio en las derrotas. Pero muerto Zumalacárregui, no parece sino que los consejeros de D. Carlos se figuraron que situación semejante era prolongable indefinidamente; y así es que convirtieron á las Provincias en una fortaleza guarnecida por 30.000 hombres. Aun cuando no les hubiera inspirado recelos la afluencia de tantos extranjeros que con varios títulos y pretextos inundaban aquel campo, las entradas y salidas de tantos oficiales como concurrían allí de todas partes y cuya conducta era imposible vigilar escrupulosamente; el cansancio del país agobiado con tantas cargas y hasta con la presencia de tanta gente; el mal efecto que debía producir el regreso de las expediciones siempre á medias, siempre malogradas; áun cuando hubieran querido prescindir de todo esto, ¿cómo pu-

ley de Dios; hé aquí el combate de todos los días, *El buen combate de la fe.*

Guerra sin cuartel, dentro de la legalidad, á todas las clases directoras de la Nueva España,

dieron olvidar que un ejército en inacción y cercado por todas partes es preciso que se debilita, y al fin perezca, por la misma ley que enfermaria y moriría un individuo si mantuviera su cuerpo siempre en una misma posición y en una atmósfera reducida y ahogada?

«De esta manera han conseguido que su causa haya perecido de tal modo, que ni siquiera se le ha dejado el honor de sucumbir en una batalla general y decisiva; nada de eso, sino que se ha disuelto, ha muerto de gangrena, y al presentarse fugitivo D. Carlos en país extranjero, no ha tenido el consuelo de hablar aquel lenguaje que ennoblece la desgracia de una gran derrota: «la suerte de las armas me ha sido adversa, he visto perecer á mis valientes en porfiado combate, y vengo á pedir os un asilo en nombre del infortunio.» Que no basta, no, para encubrir el verdadero aspecto de las cosas llamar traidor á Maroto; pues que si no hubiese habido mucha predisposición de ánimos; si el mal no hubiera tenido raíces muy profundas, no



desde Cánovas, hasta el último *monterilla*. Cristo ante todo, y sobre todo; en el hogar y en la plaza pública, en las costumbres y en las leyes. Diputados católicos en el Congreso que peguen

hubiera este general podido llevar adelante sus planes. Medió aquí, sin duda, el plan de un hombre, plan llevado á cabo con una audacia increíble; pero medió también algo más: el germen de muerte estaba entrañado por la misma naturaleza de las cosas.

«De otra suerte, ¿cómo se explica que en veintidos días, casi sin una acción, desaparezca un ejército de 30.000 aguerridos combatientes, apoyados en la opinión del país, tan decidida por espacio de seis años; atrincheros en plazas de armas, en fuertes respetables, en posiciones y cordilleras inaccesibles; y todo esto, teniendo á su frente á su rey protestando contra la traición del general y excitando á los soldados y á los paisanos á continuar en la lucha?»

«Es menester confesarlo: los consejeros de D. Carlos han guiado muy mal á este príncipe. Ellos le hicieron olvidar su verdadera posición; ellos quisieron que fuera un rey cuando no era menester que figurase sino como el primero de sus soldados; convirtié-

duro al maldito liberalismo; no católicos tibios que nos la *peguen*.

Desentendámonos honestamente de nuestras diferencias civiles entorpecedoras de la política cristiana, y unidos en el Corazón de Jesús, asaltemos las

ron en córte lo que no debia sér más que un cuartel general; sobrevinieron las intrigas, cambiáronse también de ministerios; mudóse repetidas veces de política, es decir, que en una causa que por sus principios, por sus elementos, por su misma posición, tenía á la mano el medio más poderoso de victoria, cual es la *unidad*, se introdujo el cisma y la más encarnizada discordia, hasta que llegadas las cosas al extremo, concibió Maroto el plan más osado que pudo caber en cabeza alguna; abrió la escena en Estella y la cerró en Vergara.»

¡Con qué primor lo dijo el gran Lope de Vega en «Las Bizarrias de Belisa»!

«El mundo ha sido siempre de una suerte: Ni mejora de seso ni de estado.

Quien mira *lo pasado*
Lo porvenir advierte.»

posiciones enemigas, llevando á todas las esferas del poder la regeneracion en Cristo y por Cristo, fundamento de la grandeza de las naciones y del progreso de la humanidad.

Y que no se diga, jamás, de mis queridos compañeros antiguos los carlistas á todo trance, aplicándoles unas palabras de Renan á propósito de los de la *Liga*, «que su fanatismo, lejos de servir para la regla de las costumbres, contribuye á su relajamiento y que todo se lo permiten por haber manejado la escopeta y llevado el mosquete por la buena causa.»

Ahora dos palabras á mis queridos compañeros antiguos, acer-

ca de una cuestión candente: habla el último monaguillo.

Repetidas y terminantes declaraciones de Leon XIII y el Episcopado español, nos imponen á los católicos españoles la obligación, *ineludible*, de trabajar *unidos*, en defensa del catolicismo, desentendiéndonos honestamente de las aspiraciones de *partido*, engendradoras de nuestras diferencias civiles, acerca de cuya justicia no se falla en este litigio.

¿Padece, acaso, la de vuestra causa, mis queridos compañeros antiguos, con el *mandato* del Vicario de Jesucristo, que nos impone normas de acción política, en España, para sacar á sal-

vo lo principal en este combate, cuerpo á cuerpo, de la Revolución y El orden cristiano?

Le negaríais al Obispo de los Obispos y cabeza visible de Jesucristo en la tierra su soberana inapelable autoridad para dirigir en el mundo cristiano la política de los católicos en comunión con los Obispos y el Sumo Pontífice, si «Política y Religion en su sentido más elevado y metafísico no son ideas opuestas ni aun separadas y la política en su parte moral (única de que aquí se trata) no es otra cosa sino la aplicación de los grandes principios de la Religión al ordenamiento de la sociedad por sus debidos medios á su debido fin»,

como dice, á las mil maravillas, en un *gran* libro suyo *pequeñito*, el insigne Sardá y Salvany, repetidamente bendecido por el Padre Santo?

Las enseñanzas de la Iglesia de Jesucristo á los católicos españoles por lo tocante á nuestra intervención en los negocios públicos nos obligan á todos, partidarios ó no de D. Cárlos, y os obligarían á vosotros los carlistas á toda costa siquiera D. Carlos fuese hoy por hoy,—que no se trata de si los es—el más genuino representante de la España tradicional.

Dirigiéndose á todos nosotros con autoridad soberana el Vicario de Jesucristo, ¿por qué se

dificulta la union? Porque no dejamos á un lado la política que *desune*. Si nos elevásemos á las alturas iluminadas por las enseñanzas del Papa, el problema, tan *pavoroso*, de la union de los católicos españoles, nos parecería sencillísimo.

¿Facilitarían por ventura la deseada union los carlistas de sangre hirviente que apedrean á Nocedal en Barcelona, los íntegros que apedreasen á Cerralbo ni los redactores de algunos periódicos españoles, más ó menos *católicos y movidos*, que apedrean «El Liberalismo es pecado» y en la persona de Sardá y Salvany á la Sagrada Congregación Romana del Indice? De ninguna ma-

nera, porque la *unión* está en la caridad (1) y la caridad es el resultado de la fe alimentada por la esperanza.

(1) Aunque no la tengáis de mí, no importa: soy el más pecador de todos y merezco cualquier oprobio.

Un amigo mío del alma, vecino de la villa y córte, muy aficionado al espectáculo nacional, me solía decir, en broma, cuando yo vivía en Madrid, que solo se acordaba de los pobres de por allá los días de corrida de Beneficencia, lo cual era casi lo mismo que mandar á los pobres al *cuerno*, como me mandaréis á mí, probablemente, si no se os ocurre, además, decirme con la mejor intencion del mundo: —así te cogiese un toro de Miura.—

Mientras no me colguéis al cuello el cajoncito destapado de los fosforeros ambulantes, como algún tortosino guasón lo hizo, *dé buena fe*, á poco de llegar yo aquí, todo lo que digáis del atrevido autor de PEQUEÑECES DE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES, acaso sea poco para lo mucho malo que yo diría de mí mismo si hubiese de hacerme justicia. Por lo de haber vendido fósforos en Zaragoza es por lo único que no paso: mi modestia no lo consiente. Tan *á oscuras* como he andado siempre y ando aún en eso de ganarme la vida y viviría yo de mis *lucos*, hecho un Castelar, por ejemplo. ¡Qué disparate!

¿Por dónde comienza la caridad bien entendida? por uno mismo. Si no la tuviéseis para vosotros, ¿la tendríais, acaso, para los demás? ¿Y de qué obras vive la fé de quien hace la vida de los liberales? ¡Y cuántos de los vuestros viven así!

¡De cuántos de vosotros ha de alejarse quien se cuide, con diligencia, del negocio de su salvación! ¿Y había de traernos don Carlos la del Catolicismo en la patria de San Fernando, si los españoles de hoy alardeásemos de pensar como los del siglo XVI y viviésemos como los liberales del diez y nueve, con quienes iríamos, del brazo, al abismo gritando, viva, no importa qué?

Varones ejemplares hay en vuestro partido, no lo niega nadie; pero no lo son por carlistas, puesto que carlistas conocemos todos y se tienen por los mejores y han vertido su sangre por D. Carlos y volverían á verterla, que no son vasos de elección, sino de miserias escandalosamente paseadas por esos mundos del demonio. ¿Cabe unirse con ellos en el Corazón de Jesús?

Al separarnos de la mayoría de vosotros, con harto sentimiento nuestro, no lo hacemos porque seáis carlistas, no; sino porque lo sois, ante todo, á la hora en que debemos dar de mano á las exigencias de los partidos para entregarnos en

cuerpo y alma, como quiere la Iglesia de Jesucristo, á la propaganda pacífica y legal de los derechos de Dios en la gobernación del pueblo español, católico antes que otra cosa y obligado, en la medida de lo posible, á la vida social cristiana cualquiera que sea la constitución del poder público, de donde se sigue, naturalmente, que al desentendernos nosotros de vuestros pleitos entorpecedores de la unión de los católicos españoles, ha de separarnos, por fuerza, la barrera de la política, y hétenos aquí miserablemente divididos.

Lo necesario, de absoluta necesidad, en España, es la restauración del catolicismo sin *hipótesis*

mentirosas, ni contiendas civiles asoladoras, ni círculos políticos entusiasmados con un príncipe de la tierra, que seguirían siendo carlistas aunque fuesen *círculos viciosos*.

A cada instante repetís que no se puede sér carlista sin sér católico; pero cabe serlo viviendo como liberal, y con quienes viven así no es posible que nos unamos para la propaganda social cristiana, porque la Religión es quien une, y en el Corazón de Jesús, verdadero centro de unión de los católicos de todo el mundo, no cabe uno por carlista ó no, sino por hombre religioso que busca sobre todo y ante todo á Dios, y todo lo pospone á la Religión.

Para vosotros es un crimen imperdonable dar las espaldas á D. Carlos hasta por motivos honestos, y todos los días os codeáis en los caminos de la licencia con extraviados que vuelven sus espaldas á Dios. Ponéos de acuerdo con vosotros: la lógica no está reñida con la caridad ni con las opiniones políticas que se muevan dentro de la justicia.

Si buscásemos, ante todo, á Dios, nos encontraríamos, unos con otros, los católicos españoles, *en el camino recto y seguro para llegar al Cielo*. No hay otro camino de unión, verdadera y fecunda, sino aquél estrecho, muy estrecho, que las centellas de la

caridad iluminan, y en el cual uno se hace de todos para no caer al menor soplo de discordias que nos envolvería en sombras.

Vosotros mis queridos compañeros antiguos los carlistas contra viento y marea, cada día más esperanzados, echáis en saco roto las enseñanzas de la Iglesia por lo tocante á que prescindamos, *ahora*, de lo *contingente*, y á vueltas con el del carlismo en pié de guerra todo lo fiáis al negocio de la carlista, el más *contingente* de todos.

Sean cualesquiera las aspiraciones políticas y el partido de que procedan los católicos españoles que vayan tras de los Obispos y

el Papa por los Caminos del Señor, me uniré con ellos enseguida, sin vacilar y de corazón, que todos cabemos en el de Jesús, pero no por carlistas, ni *nocedalin*os, ni monárquicos, ni republicanos, y lo de menos es dar un ú otro *viva* sin buscar ante todo á Dios; que ahora se trata de Jesucristo y de su Reinado social en España por la unión de los católicos españoles honestamente desentendidos de nuestras diferencias civiles engendradoras de todas las trabas de la política que desune.



— 230 —
el Espiritu de los Caminos del Se-
-ingreso de ellos ensegui-
Entusiasta brindis del autor,
en el banquete con que los car-
listas tortosinos obsequiaron al
Excmo. Sr. Marqués de Cerral-
bo y á sus ilustres compañeros
en *aquél* viaje de propaganda,
la noche del Domingo de Pasión,
del año de gracia de 1889.

Señores:

Diez ó doce minutos, nada más, para cumplir grandes deberes.

Me levanto muy emocionado; no necesitaba decirlo, porque la palabra tiembla en mis lábios y el corazón quiere salirseme del pecho. Me levanto, muy emocionado, á brindar cordial y respetuosamente por el Excmo. señor Marqués de Cerralbo que nos preside, por sus dignos compañeros de viaje que nos favorecen con su asistencia, y por todos vosotros, á cuyo lado vengo esta noche como cariñoso hermano vuestro, amamantado por la misma madre, mecido en vuestra cuna y educado en las tradiciones de la España católico-monárquica en dichosos días de confraternidad en los cuales el cielo de nuestra comunión, purísimo, azul, sin una

nube y alumbrado por el sol de las esperanzas, brillaba con el esplendor de nuestros amores consagrados á Dios, á la Pátria y al Rey, como los ojos del señor Marqués de Cerralbo cargados de promesas y llenos de luz de Loredan, brillan aquí, esta noche, con los más hermosos reflejos del tesoro de las esperanzas carlistas.

Confesadlo, señores, confesadlo. —¿Cómo hablaros yo con tranquilidad, si aun ayer ponía mis manos impuras en la lámpara del santuario para que proyectase sombras en vuestro campo, iluminando tiendas enemigas, en las cuales ya no velo mis armas, porque la voz de mi conciencia, imperiosa como el deber, me manda presentarlas al Papa, sin que de nuevo las enmohezcan, empañen ó deslustren borrascas de pasiones humanas, tan frecuentes en los campos de la

política de partido, sobre todo si soplan vientos de discordia, y tan peligrosas para los flacos de corazón? ¿Cómo no levantarme temblando, si las prevenciones de los unos y los recelos de los otros, justificados por mis antecedentes de fogosidad é inexperiencia, me colocan en tan apurada situación, que al brindar en este banquete os he de recordar mi abuelo carlista, para que la sangre de mi familia generosamente vertida en medio siglo de combates interrumpidos por la traición (1), aplaque vuestros

(1) Habiendo barajado yo, alguna vez, en este folleto, á propósito de traiciones en el ejército carlista, tres ó cuatro nombres famosos en los anales militares del carlismo, no me parece del todo inútil, copiar, aquí, de una Revista de Barcelona de no sé qué mes del año pasado, unos cuantos párrafos de ciertos datos elocuentes é inéditos del final de la encarnizada contienda entre D. Carlos y D. Alfonso de Borbon, *primos* los dos, aunque mucho menos, en mi concepto, que los *ton-tos* para los cuales el triunfo del ilustre prospecto de Loredán había de traernos apare-

motivados enojos conmigo, arrostrando los cuales estoy aquí como soldado del catolicismo, y estaría mañana en vuestras montañas del *Maestrazgo* donde peleásteis ayer, siguiendo el rastro de la sangre derramada por vuestros padres antes de llamar con

jado el del catolicismo en España, siquiera la inmensa mayoría de los partidarios del señor Duque de Madrid viviesen como liberales...., y ancha Castilla.

En uno de los últimos días de Febrero del año 1876, «marchaba el R. al frente de sus tropas cuando alcanzó en la carretera á un emisario enviado por el general Pérula, con una carta para uno de los más elevados personajes con mando en el ejército carlista.

«Interrogado el emisario sobre la índole del mensaje y oyendo de sus lábios que no se trataba de un mensaje privado, sino de asuntos del servicio, tomó el Rey la carta, que llevaba el sello de la Comandancia general de Navarra, y se apresuró á leerla.

»Decía en sustancia: «Esto se acabó. Hay que decírselo al R. Yo no me atrevo, pero hay que decírselo porque es preciso salvar lo que se pueda, tanto de los intereses del país como de los nuestros personales, y obtener garantías, reconocimiento de empleos, etcétera. Que se vaya el R. á Francia y deje en

las palmas de su martirio á las puertas de la inmortalidad?

¿Para qué deciros, ahora, que vengo en son de paz, con la discreción en los lábios y la caridad en el alma, si una dulce corriente de fraternidad, ha fundido ya nuestros corazones, reve-

España un general encargado de tratar con el enemigo.»

—De modo que Pérula aspira á ser un Maroto autorizado—dijo el R. amargamente, mostrando la carta á uno de sus más probados generales.—Que vaya un oficial á buscarle,—añadió—y que lo conduzcan á mi presencia.

«La órden fué ejecutada, á pesar de la resistencia opuesta al principio por Pérula, que acudió al fin con su escolta, y la entrevista de Carlos VII con el general navarro tuvo lugar en Espinay. Ignoramos lo qué en ella pasó, pero nos consta que en los consejos del R. no faltó una voz, la de mayor autoridad en aquél momento, que pidió se fusilase á Pérula en el acto. Carlos VII no asintió á aquél parecer. A sus ojos, la carta era indigna de un general con mando y no permitía fundar en él ni en sus tropas ninguna esperanza, pero no constituía un hecho caracterizado y probado de traición, pues se limitaba á aconsejar una proposición, aunque fuese inadmisibile, que había de hacerse al R. y tampoco

lándoos el misterio de nuestra unión en el seno del catolicismo y de nuestra querida Pátria española?

No había yo de venir aquí á llamaros amigos míos, ó mejor todavía, hermanos, y admirar vuestros entusiasmos, y *sentir* en el corazón del señor Marqués de Cerralbo las palpitaciones de un partido político, cuyo augusto jefe, proscripto por la revolución triunfante y entronizada, os comunica sus anhelos de Príncipe cristiano y español; como no venir yo esta noche á deleitarme con la elocuencia del *paladin* fortalecido con el pan de los Angeles en la ciudad

había otras pruebas materiales de su traición.»

.
.
.

¡Vaya una *carta* la de Pérula: la *última* de un jugador de profesión. Como había quebrado su *juego*, y el rey de espadas por el cual venia jugando, con *fortuna*, estaba debajo, apuntó al de *oros*. Era natural; ¡inteligencias con los *banqueros*, en un *elijan* de vida ó muerte.

Eterna y en un altar servido por el Vicario de Jesucristo, que bendice paternalmente al campeón español arrodillado en el paraje de la tierra más próximo á los cielos, y por qué no participaria yo de la *caridad* que las bendiciones de León XIII habrán encendido en el corazón del señor Marqués de Cerralbo humildemente prosternado ante la más augusta de las Magestades?

Contésteme por todos vosotros el señor Marqués, que hace poco ha oído al Prisionero del Vaticano, de los lábios del cual mana la caridad, como de pechos maternas la leche vivificadora.

Sí, hermanos míos, la caridad; lo que nos hace falta para dar el golpe de muerte á la revolución cosmopolita y anticristiana, que avanza en su camino de destrucción de todo lo grande, magestuoso y digno, de que

se enorgullece la humanidad civilizada por el catolicismo, mientras la mayoría de los católicos españoles miserablemente divididos—os lo digo de acuerdo con el Episcopado español y el Papa—disputamos unos con otros con encarnizamiento de sectarios, favoreciendo, así, los intereses de la impiedad, y traspasando de dolor el amantísimo corazón del Pontífice de las Encíclicas.

¡Qué desconuelo, hermanos míos; qué desconuelo tan horrible!

Cuando vuelvo los ojos á mi queridísima Nabarra—y al hablaros de mi país os hablo, hermanos míos, de aquel noble solar basco-nabarro, que tiene sus montañas de hierro para que soporten mejor los heroismos de nuestros montañeses;—cuando vuelvo los ojos á mi queridísima Nabarra, y entro en aquellos pueblos, tantas veces testigos de nuestros combates y

triunfos, y recorro sus calles, que desembocan, por lo general, junto á la iglesia, como buscando comunicación entre los cielos y la tierra, y oigo el rumor de nuestras casas tan llenas de nuestros mejores recuerdos, una losa de plomo cae sobre mi corazón, aplastando mis esperanzas bajo el peso de nuestras divisiones. Divisiones tan hondas, tan feroces y tan rabiosas, que parecen el mal gé-nio de nuestras montañas y valles reflejando todos los ódios del infierno en nuestros hogares y nuestras plazas, y ¡oh profanación! hasta en nuestros templos, en los cuales el espíritu de división, revolviéndose dentro de nuestro pecho, como vívora que envenena la herida, opone sacerdotes á sacerdotes, individuos de Comunidades religiosas unos á otros y hasta Institutos entre sí; Obispos á Obispos, y Pastorales á Pastorales, como re-

cientemente ha dicho un Prelado español, pozo de ciencia y de virtudes; y, gracias á que la Iglesia de Jesucristo no tiene más que un Trono Papal, actualmente ocupado por varon sapientísimo, santo y ennoblecido con todas las coronas; pero, ¿qué hacemos con el Papa? ¿No le oímos á medias, ó le desoímos por entero?

Diríase que los católicos españoles— á los cuales nuestros Prelados y el Vicario de Jesucristo enderezan sus Documentos relacionados con nuestras divisiones,—alardeamos de más ferocidad que Atila; porque no depone-
nemos nuestros odios ante el más venerable de los ancianos de la tierra, en la frente del cual aparecen escritas las comunicaciones de los cielos.

Nuestras interminables disputas nos obligan á removerlo todo por conseguir que la filosofía, la teología y la política, las legislaciones y la historia,

barajadas, en muchos casos, por discípulos ignorantes y vanidosos, que no cedemos en virtudes, ilustración y autoridad, á nuestros naturales maestros, rindan sus argumentos á nuestras doctrinas, y el prestigio de una sabiduría sin límites, á determinados caudillos; cuando sin usurpar magisterios..... (tened en cuenta, hermanos míos, que soy un eco, nada más, tan humilde como debilitado, de la voz de nuestros Obispos y del Papa;—os lo digo, porque me escucháis con violencia y desearía yo saber si os desagrada la voz de la Iglesia, en estos conciertos carlistas:—El marqués de Cerralbo dice que todo lo contrario;—cuando, sin usurpar magisterios, ni elevarnos á tales alturas en que se apodere de nuestras pobres inteligencias el vértigo de todos los atrevimientos, podemos remover nuestro corazón y deshacernos de las miserias que

unos á otros nos echamos en cara los católicos españoles empeñados en el triunfo de la verdad y de la justicia fuera de los caminos de la *caridad*, únicos que conducen hasta el eterno sol de la Sabiduría Infinita, que ilumina las inteligencias y purifica los corazones con los rayos de la Omnipotencia divina.

Somos tan miserables como insensatos. Desoímos la voz de Dios y nos abandonamos á la de los hombres. ¿No sentís, por ventura, los estremecimientos de la Roma Papal, que nos llama con las trompetas de Israel?

A nosotros, hermanos míos, á nosotros nos llama el Papa con una voz que clama en el desierto; no á los desatentados enemigos de la Esposa de Jesucristo que se revuelcan en el inmundo lodazal de todos los desórdenes, ni á los entendimientos entregados á las *tinieblas*, en

las cuales las pupilas de Satanás brillan como carbones encendidos en el fuego de las maldiciones eternas, reflejando su luz infernal sobre la miserable razon humana rebelada contra la Divina; sino á todos nosotros, los herederos de cien generaciones de soldados de Dios, de la Patria y el Rey, que oraban en los mismos altares, y vivían del *ideal*, y morían como unos mártires, y no sospechaban que sobre las tumbas de los defensores del catolicismo en España soplasen vientos de oportunismo criminal, capaces de arrastrar la cruz á cuya sombra duermen tantos héroes; la misma cruz que, con sus dos brazos abiertos, nos espera para cobijarnos á todos, mientras los católicos españoles, miserablemente divididos, nos lanzamos unos contra otros con el nombre de Dios en los labios y el ódio en nuestro corazon.

¿No veis á la impiedad por todas partes, en las Repúblicas y las Monarquías, en las aristocracias y las democracias, en pueblos grandes y pequeños, y en todos los climas y latitudes á donde la Revolución ha llevado sus ponzoñosos frutos, asestar sus tiros al corazón de la Iglesia Católica; no la veis, en Italia, recomendando la moderación más exquisita, para que ciertas impaciencias de un pueblo nuevo levantado sobre todas las profanaciones, no comprometan la campaña de Crispi, enderezada, por la masonería, contra la virginal Esposa del Cordero?

¿No veis, hermanos míos, desaparecer las fronteras, y unirse todas las naciones, y todas las filosofías, y todas las capas sociales divorciadas del verdadero espíritu cristiano, en apretada fila de combatientes que se preparan á la gran batalla contra lo divino?

Si la hora de la catástrofe se apro-

xima, ¿no rebasarémos las fronteras de la política, que se oponen á nuestra marcha de soldados á la Ciudad Eterna?

Mirad á nuestros adversarios unidos á pesar de sus diferencias de secta; ¿qué les liga tan apretadamente contra nosotros? ¿No es el ódio que tienen á lo divino y sobrenatural, el que movió á Luzbel á proclamar la primera revolucion que conocemos en la sucesión de todos los tiempos y en los espacios de todos los mundos, el ódio de las criaturas á su Criador que los revolucionarios de nuestros dias han heredado de los ángeles malos, por trasmisión de Satanás á las lógias de la masonería, esos focos de luz de perdición reflectores de la del infierno, que iluminan, en la Ciudad anticristiana, los abismos de iniquidad en que se arrojan á millones los impíos de nuestro siglo?

Pues á nosotros ha de unirnos la caridad, pero no la caridad á medias, una sombra de caridad, un movimiento humano por muy generoso que fuere; sino una cosa celestial, un impulso casi divino de las criaturas hácia su Criador, una brasa del Corazon ardiente de Jesús, al calor de la cual se deshicieren los hielos de nuestra indiferencia, que convertidos en un océano de lágrimas de arrepentimiento, lamiesen las paredes del Vaticano llevando á Leon XIII brisas de los cielos en alas de nuestra caridad.

Veo que me ois á disgusto y concluyo.

Meditémoslo, hermanos míos, meditémoslo bien. Y cuando en el silencio de la meditación escuchemos las armonías del más hermoso de los mundos, el mundo de la conciencia humana, con sus horizontes infinitos y sus fronteras en la eternidad, cerre-

mos los oídos á todas las voces de la *tierra*, y asomé á nuestros labios una plegaria que sea la respiración de nuestras almas, y el eco de nuestros anhelos por la union de los católicos españoles.

FIN.



ACLA

Quando
hinc
per
to
omn
dib
le
men
Laud
mo
mhos
Mard
celo
yo
eidi

ACLARACIONES

—e—er—

Cuando mis queridos compañeros antiguos los carlistas de por acá, de los cuales me separó la publicación del «Pensamiento del Sr. Duque de Madrid», y mi propósito de no deleitarme, como ellos, en *pensamientos* por el estilo,—*estilo* de Llauder casi tan malo como el mio—se dispusieron, entusiasmados, á recibir y festejar al Marqués de Cerralbo, en quien *veían* al Profeta de su Señor cuyos caminos preparaba, me decidí á ser, en su día, uno de los

muchos comensales, por suscripción, reunidos en el Casino Tradicionalista de Tortosa, en obsequio del Delegado de D. Carlos, é ingresé, como transeunte nada más, en la Sociedad político-recreativa de los *leales* tortosinos, en cuya casa estuve un mes oyendo perrerías de Necedal, á quien un canciller de hierro..... fundido en La maquinista terrestre de Barcelona, director de una publicación carlista muy acreditada, y hace poco *fugado* de la Ciudad Condal, llamó entre calurosos aplausos de los comensales, el día del banquete á Cerralbo,..... Canciller de *carton*.

Para que nadie achaque á veleidades mi *discutido* ingreso en

el Casino Tradicionalista de Tortosa, he publicado, aquí, mi entusiasta brindis en la paródia de banquete al Sr. Marqués de Cerralbo, á la mesa del cual me senté resuelto á decir lo que dije, y únicamente por decirlo, y no por tomar el desquite del escándalo monumental del Olimpo de Barcelona, como supúso, entonces, un catalanote partidario del Sr. Duque de Madrid, y casi católico práctico, suspicáz y proteccionista, que de allí á poco, y con motivo de *Los tratados*, declaraba guerra sin cuartel á Francia y á todo lo francés, menos á las francesas, por supuesto, y en su inaguantable galiparla, exornada de catalanismos,

juraba por Baralt, y sobre su famoso Diccionario, que pronto llegaría la hora de tomar la *revancha*. ¡La *revancha*, mis queridos lectores! ¡Y no quería nada francés! Al otro día sí que por poco no armo la gorda, con unos versos libres, casi tan libres como las costumbres de algunos partidarios del Sr. Duque de Madrid en Tortosa (¡en todas partes cuecen habas, pero en este pueblo á calderadas!); que á las veintiseis horas del *banquete* de referencia se congregaban en un teatro lleno de curiosos más ó menos impertinentes, y de tarjetones *ad hoc*, y de follaje no sé si *ad hoc* tambien, donde varios carlistas de la localidad medio

pronunciáron discursos, y alguno de fuera leyó el suyo, y un poeta imberbe y *ambulante*, compañero de viaje del Marqués, y desconsiderado con la Poesía y los Obispos, como yo con la Gramática castellana, dijo, entre otras irreverencias y los aplausos de la *claque*, no me acuerdo si refiriéndose á Necedal ó al *integrismo* que le habían dado la puntilla

«En forma de Pastoral.»

Pero no fué por lo de la *puntilla* por lo que tan cerca estuve yo de que me la diesen, así como suena, en aquella velada famosa, mis queridos compañeros antiguos, no; sino por una pequeñez—en concepto de los carlistas

tortosinos—que ni de molde para un libraco titulado PEQUEÑECES DE LOS CATÓLICOS ESPAÑOLES. 201

De los *oradores de sobremesa* que á los postres de la mala comida con que *obsequiamos* á Cerralbo cantaron, en todos los tonos, las excelencias del carlismo, se deshizo en ponderaciones la gaceta del Sr. Duque de Madrid en Tortosa, y hasta nos dió, además, extractos con *esencia* de *Champagne de Reus*; es decir, con frases de guardarropía inspiradas por los vapores del espumoso vino francés *traducido* por los proteccionistas catalanes, industriales y listos como ellos solos; pero de mi brindis, mucho más largo y por

de contado peor que los otros, y la única nota discordante, para los leales, en aquel concierto en que se abusó de la cuerda (1) y del parche, y hubo demasiados violones y bombos, de mi entusiasta brindis en el banquete, ... *si te oí no me acuerdo.*

(1) De la *cuerda* carlista,
Señores oficiales... de cajista.

No me pongan ustedes *curda*, en vez de cuerda, porque *curdas* no las hubo allí, ni nadie se *acordó* de Noé, creo yo, en aquél diluvio de diatribas contra Necedal, el profanador del Arca santa del carlismo *reformada* según los *planes*, digo, planos, del oportunismo carlista, para navegar *entre dos aguas*. ¡Y qué reforma tan completa! Con haber aligerado la *carga*..., y convertido toda la popa en *cámara régia*, y la *capilla* en un chiribitil, *volaverunt* las dificultades, ... y á vivir tocan.

Creánmelo ustedes bajo mi palabra, no hablo por hablar.

Si de verbos que se construyen con preposición entendiera yo la mitad que de construcciones navales para recreo de los católicos españoles en los más peligrosos mares del

La preterición—acaso intencionada— del periódico de los leales en Tortosa, para quien el único brindis, *ageno* á la política de partido, que llevó al *banquete* los ecos de las enseñanzas de la Iglesia, no fué digno de la publicidad, ni siquiera de una palabra de cortesía, cuando no de los calurosos interesadísimos elogios reservados á los oradores carlistas, me llegó á lo vivo, y escribí de prisa y corriendo

mundo, no me acordaría, ni mucho menos, á propósito del *banquete* á Cerralbo, de aquellos otros en que los Persas *trataban asuntos* importantes, así como quiera, sin preposición, y hasta sin Gramática, para que no la hubiese, tampoco, en las primeras líneas de la página 172 de mi mal *trazado* folleto, en el cual, y como sucede, por *desgracia*, en nuestras redes de ferro-cariles, no hay una línea bien *construida*.

unos versos libres, casi demagogos—que diría Clarín,—decidido á leerlos en la velada del día siguiente al del banquete, y á la hora crítica me dirigí al teatro, solicité turno para la lectura, los organizadores de la fiesta me desahuciaron, y con el sombrero en la mano, la capa puesta y el semblante rojo de indignación, atropellé por todo; fuí hasta la mesa presidencial colocada en el centro del escenario, sin cuidarme del orador de tanda que peroraba como los otros por no romper la monotonía de aquél bazar de frases hechas á la medida del mal gusto de los carlistas bullangueros, y con voz trémula y supli-

cante le pedí permiso al marqués para leer una *poesía* titulada «La caridad», y Cerralbo la tuvo de mí al verme tan emocionado, y á no haberla tenido yo de un amigo mio, que con lágrimas en los ojos, y casi de rodillas, me pidió, por toda la córte celestial, que no provocase un conflicto, hubiera llegado la sangre á la concha del apuntador, pero no de mentirillas, no; sino calentita y vista ordeñar, como diría, por vista chorrear, cualquier Taboada de baratillo capaz de reventar á sus lectores, como yo á los míos con este párrafo quilométrico que parece un coche de postas, á todo correr, por una carretera llena de baches.

Inmediatamente se le mandó aviso á Cerralbo de que, me había yo indispuerto de pronto, y, no hubo nada. Más valió así porque mis *versos* en que azotaba, sin piedad, al carlismo, eran de oír. Sobre todo los últimos, en que después de haberme despachado á mi gusto, preguntaba descaradamente á los leales:

¿Desde cuándo los gemidos
De un católico sincero,
Si no pasan por Venecia
No pueden llegar al cielo?

Todavía he usado, este invierno, el pantalón de 20 pesetas, *inglés tagarnina* (léase *puro*, de Sabadell ó de Tarrasa), con que asistí al banquete y á la velada organizados por los carlistas tor-

tosinos en obsequio del señor Marqués de Cerralbo, quien desde aquellos dias en que los valencianos dispusiéronse á recibirle, *cariñosamente*, hasta la fecha, se habrá puesto, el muy elegantón, más pantalones nuevos que yo camisas remendadas; y cuidado si las tengo así, casi todas, y se luciría el chulapo que se me las llevase, como cuentan y *cantan* de uno que se llevó *la de la Lola* (¿á qué no lo dice un tartamudo?) para regocijo de *flamencómanos*, partidarios ó no del Sr. Duque de Madrid.

¿No he de tener frescos aun los recuerdos *del dia de autos*, en que por poco hacen conmigo

uno de fe mis queridos compañeros antiguos?

Y basta de banquetes y de veladas, y ahora unas aclaraciones por lo que hace á mi folleto.

Tengan en cuenta mis lectores —como lo he tenido yo tambien para determinadas modificaciones y notas absolutamente indispensables,—que mi folleto, aunque publicado el noventa y tres, estaba concluido el año pasado. La subida de los liberales al poder no le quita oportunidad, porque tan liberal es D. Antonio Cánovas del Castillo como don Práxedes Mateo Sagasta.

Cuéntase de un paisano mío doce ó catorce veces padre,—

tan alejado de la política de los partidos que, habiendo servido al carlista, en la primera guerra civil, ni siquiera supo durante medio siglo que vivió después quiénes desgobernaban, por turno más ó menos pacífico, la empobrecida España de los tres últimos Borbones y de la Revolución de Septiembre,—que cuando alguno de sus pequeñuelos, todos ellos de la piel del diablo, hacía una *barrabasada*, le decía, invariablemente, sin saber si mandaban los negros ó los encarnados:—eres más pillo que el gobierno.—A mí me sucede lo que á mi paisano; no hago distinciones ociosas.

Todos los gobiernos de la Es-

paña Nueva me parecen á cual más *pícaros*. Y uno de amigables componedores de la España Nueva y la vieja me parecería peor que peor.

De los *pasteles* amasados por Lardhy padre, y de los de su hijo el *pintor*, vengan á docenas; pero *pastelillos* de carne *tostada* en las hogueras de la Inquisición —como diría Núñez de Arce— bien rociados con sangre de las Ordenes religiosas,... ni olerlos.

Graciosa representacion de la España Nueva y la Vieja y de los amigables componedores entre las dos, la que yo ví el año pasado, en la iglesia de San Antonio Abad, los días del solemne tríduo que los labradores de

nuestra huerta dedicaron, según piadosa costumbre anual, á su popularísimo patrono.

Numerosos devotos en oración llenaban la espaciosa iglesia del Santo, y en las dos puertas laterales, y medio asomados por entre cortinajes de alfombra, unos cuántos jóvenes, de nuestra mejor sociedad, estorbaban la devoción de las muchachas de buen ver, á las cuales como que decían con los ojos:—en hora buena que receis, hermosas; orad mucho.—Representamos á la España Nueva sin intransigencias ni exclusivismos; no hemos venido por el Santo, sino por el *cochino*; continuad vuestras oraciones. Como

á cada *puerco* le llega su San Martín, hoy ó mañana nos desquitarémós nosotros, abrazándonos con efusión, en el teatro del Balneario, donde bailaremos en beneficio de las familias de los náufragos de San Carlos de la Rápita.—Y, efectivamente fué así.

Muchas *devotas* de San Antonio bailaron, como desesperadas, pocas horas después de la función de iglesia, el último día del Tríduo, y *distinguidos* partidarios del Sr. Duque de Madrid asistieron á la fiesta de *caridad*. ¡Qué mejor ocasión, para ellos, de honrar la memoria del infortunado general Ortega que un baile de máscaras en beneficio

de las familias de los náufragos de *San Carlos de la Rápita*?

Después de leer estos párrafos mis queridos compañeros antiguos, me van á soltar aquél Miura de que les hablo en una de mis notas; pero, ¿cómo ha de ser? á lo hecho pecho. Así como así, soy torero, y otra cogida más, en Tortosa, donde sufrí, hace pocos años, una *mortal*,— si no precisamente para mí, á Dios gracias, para los cuatro mil espectadores, *muertos de risa*,— maldito si me da cuidado. (1)

(1) La verdad por delante. mis queridos lectores. Una sola vez en mi vida he capeado toros de muerte; pero en muchos puntos de Navarra, y en las plazas de toros de Pamplona y de Zaragoza, he solido torear novillos y vacas embolados y sin embolar.

Ni *Frascueto* en sus mocedades tuvo más

Poquito que me gustan los dramas de capa y espada como llamo á sin fin de cosas que no lo son y sobre todo á nuestras corridas de toros. De toros de muerte, claro está, porque de

afición que yo en las mías á los novillos con cuerda y sueltos y *de puntas*, aunque no lo haya dicho así en un libro suyo reciente, muy animado, el *novillógrafo* Pascual Millán á quien todo se le va en *menudancias* y le sobran corazón y brazo, pero se los ha dado al diablo. ¡Lástima de hombre!

Toda la vida me han gustado mucho los novillos, en el buen sentido de la palabra, no en el malo, ni quien tal penso, y tomando yo ahora la de *novillos* por los hombres á quienes *engañan* sus mujeres, no; sino por los toros ó búeyes nuevos que acuden al *engaño*.

Cuando era niño los hacía (*fugitivus puer*) y en la escuela se quedaba el maestro enseñándoles la Gramática, y otras *disciplinas*, á mis compañeros de *sección* menos revoltosos que yo. ¡Harto se me conoce ahora! De muchacho he toreado *la mar* de veces, y de hombre hecho y derecho, tambien, y he tenido muchas *cogidas*; pero ya me corté la coleta sin anunciarlo á *son de empresario*.

Muchos de mis lectores me creerán *apicul-*

otro modo se queda el drama en lo de la capa, y, *adios lo de la espada*, que dijo un izquierdista desengañado de Lopez Dominguez al ver que el general no sacaba la de su tío para que, por

tor, en vez de torero, porque les hablo de los toros *del Colmenar* en la segunda línea de la página 69. Puedo emplar mal una *ele* y sin embargo ser buen torero. ¡Cuántos que las toman por *erres*, á lo menos en la conversación, llegan á ministros de la corona y torear al país, por *derecho*, y enseguida *cambian de suerte*, y en la de *palos* hay que verlos, y no digo nada en la *suprema* que la consuman siempre á *sablaços*, aunque *atracándose* de toro, y el mejor día le darán la *puntilla*, por *manso*! Si en lugar de pagar, *pegase*, ya tomarían el olivo los *maletas* que han convertido la política, ó sea la *fiesta nacional*,—porque nadie trabaja—en un herradero donde, para eterna vergüenza nuestra, se nos infama con la marca de la masonería triunfante.

Si los católicos españoles nos echásemos al redondel, unidos y con buenos *espadas*, y dejándonos de disputas, y de la *escuela de Sevilla*, y de la *de Ronda*, y nos fuésemos derechos al toro en vez de *echárnoslo* caritativamente unos á otros para diversión y provecho

arte de *birli birloque* nos acos-
tásemos con D. Antonio Cánovas del Castillo... de presidente del Consejo, y amaneciésemos con una ú otra Presidencia de cualquier cosa *presidiable*, digo,

de los espectadores de tendido de sol—del que más calienta—¡pobres políticos liberales!: luego se llenaba de ellos *la enfermería*.

No vayan à tomar al pié de la letra, mis queridos y bondadísimos lectores, lo que digo aquí de los toros, á propósito de la política. Es una *figura* nada más, para que los católicos españoles nos convenzamos de cuán triste la estamos haciendo en esta temporada de Cánovas y de Sagasta en la cual ha tomado la alternativa Pidal y Mon, y urge *mandarles un aviso* á los novilleros de cartel que, con su faena deslucida y todo, se burlan de nosotros, y hacen su agosto, mientras los católicos españoles nos vendemos *por una entrada*, en vez de *votar* contra la *cuadrilla* y suprimir, *para in eternum*, tan repugnantes *mojigangas*.

De caballos no sé una jota, que á saber yo la cuarta parte que de toros no hubiese hablado de las *monturas* de Navarra en la segunda línea de la página 74.

Para *caballerías de paso* (acepcion caste-

presidible como la juerguecita de *unitarios* y *federales* allá por los años en que comencé mis estudios de derecho cursando asignatura por asignatura—y aprobándolas, por supuesto — has-

llana de la palabreja «*monturas*») estaba Péru-la que siempre llevaba la suya escapada; dígalo su famosa excursión á *Valtierra*, y el galope que dió por allá para librarse de *un* soldado enemigo que le perseguía.

Los *figurones* de la política no se merecen mejores figuras que las de toros, es decir, ton-sadas de la *tauromaquia*.

Otras empleo en mi folleto que no son de toros, ni pensarlo, sino de *familia*, y así me resultan *caseras*, á más no poder; las de mi *brindis*, verbigracia, cuando les llamo á los carlistas hermanos míos *amamantados* por la misma madre que yo y mecidos en mi cunita.

Ni siquiera pudo conmigo mi pobre madre que, como era un ángel, y hasta los llevaba por nombre, voló al cielo antes de tener yo uso de razón. ¿Hubiera yo perdido la mía, en mi juventud, si mi madre no hubiese muerto en la primavera de su vida?

.
.
.



ta llegar á la de civil segundo año, quince ó dieciseis antes de la publicacion del Código de Alonso Martinez, como llamó no

• A la España católica y tradicional me refería en mi entusiasta brindis, al hablarles á mis queridísimos compañeros antiguos, de una madre común y de la cuna en que nos meciera. Como figura puede pasar, aunque sea... *salida de madre*. Por más de que haya *madres y cunas*, para todo eso; verbigracia, nuestra madre Naturaleza, y la cuna de la humanidad que diría un candidato á la Diputación á Cortes tan *rural* como su distrito.

Voy á terminar esta galería de figuras casi tan mala como la de personajes políticos españoles contemporáneos. (Los liberales, por supuesto).

Mis continuas excitaciones á los carlistas y los mestizos para que dejándonos de *tiquismiquis* y *salvando*, á paso de carga, las barreras de la política, emprendamos la marcha de soldados á la ciudad eterna, son figuras de la sumisión que debemos al Vicario de Jesucristo, quien constantemente predica,..... en desierto, la necesidad, cada día más imperiosa, de la unión de los católicos españoles dirigidos por nuestros legítimos Pastores.

Aunque *apenas me llamo Pedro*, y á seguir así las cosas del mundo tendré que hacerme



sé qué Burgalés, entusiasta por las *glorias* de su país, al *Código civil Español*, del que no he pasado todavía, y veré de pa-

pronto eremita, y tomar por modelo y maestro á San Antonio Abad siquiera me pongan en caricatura, con un cochinito á los piés, que todo eso y más es preferible á vivir en medio del mundo á los piés de tanto cochino, (siguen las figuras....) estoy muy léjos de creerme un Pedro el Ermitaño suscitado por Dios en el último tercio de nuestro siglo para predicar *la guerra santa*, con ó sin música de Arrieta, contra los enemigos de la Cruz de Cristo y los *amigotes* de la de Saboya.

Que no se tome la figura por la realidad, y provoque yo ¡infeliz de mí! un conflicto internacional. Si bien declaro, con toda mi alma, que sería el primero en ofrecirme al Papa en caso de guerra; sépalo maese Carulla por si me quisiera de asistente.

Lo que no se me antoja pasadero, ni como figura, por lo menos no alambicando mucho la cosa, es aquello que digo del Papa en un pasaje del capítulo V donde le llamo «Cabeza visible de Jesucristo.»

Por haberseme ido la mía no escribí «cabeza visible de la Iglesia.» Inconvenientes de querer abrazarlo todo, de una vez, aunque con la mejor intención del mundo; no con la pérfida y aviesa del *abrazo de Maroto con*

sar, en Junio próximo para concluir de una vez mi carrera... de obstáculos y aceptar cualquier destinillo, sin com-

Espartero, que digo, capítulos atrás, y no en figura, sino en grupo..... antigramatical y odioso.

No hay renglón bien escrito en mi folletuco, ni palabra ni frase que no pequen por carta de más ó de menos.

Para ponerle *ache* final á *Nazareth* no me anduve en chiquitas,—y cuidado si es un final que ni el de las cordiales relaciones del señor Cánovas del Castillo con Pozo-Rubio, y *Pozo-Hondo* (léase Silvela) y otros pozos del partido conservador el gran *pozo-negro* de la política liberal española contemporánea, como le llama figuradamente un amigo mío aficionado á meterse en honduras, y en cambio á Lardhy, no sabía si ponérsela ó no, ni dónde, advirtiendo á ustedes que acaso ha muerto ya el celeberrimo cocinero, y le creo vivo, porque á punto fijo no lo sé, como no lo saben tampoco muchos madrileños, verbi-gracia, los parroquianos de las tiendas-asilos, y quizá, quizá los de la Posada del Peine.....

¡Y escribiendo con los piés

Hago burla de Fabié!

A lo menos el Sr. Fabié, pucherólogo y académico, escribirá extracto, con *x*, aunque no sea tan famosa como aquella de *marras*,

plicidad con los *imitadores de Lucifer*, que se les ocurra proporcionarme á mis bondadosos lectores á quienes beso lo besa-

de «El Imparcial»; pero yo escribo *extracto*, con *ese* (y ahora no señalo á nadie, sin embargo de que miro hácia la Academia) y resulto un Simplicio, casi Bobadilla, digno de pasarme la vida, por bobo, despachando cerato simple.

En Dios y mi ánima juro (*clasicismo barato*, según Clarín) que mi próxima publicación, titulada *Psicología del Carlismo*, no ha de tener un solo *pero*. Si Navarrete pudo escribir una novela sin emplear no recuerdo cuál de las cinco vocales, yo que soy más que *navarrete*, navarro por mis cuatro costados,

Escribiré mi libro sin un *pero*.

(A la palabra *pero*, me refiero).

¡Ya verán ustedes qué análisis! Ni el famoso Latour de Trie lo hizo mejor del agua de Lourdes. ¡Pobre químico de..... *la administración!*

La Psicología es mi fuerte, y el doctor don Antonio Hernández y Fajarnés, catedrático, por oposición, de Metafísica en la Universidad de Zaragoza, fué mi maestro..... hasta cierto punto.

Se lo recuerdo al ilustre autor de los *Estudios críticos sobre la filosofía positivista*, porque apenas me vió siete veces, en todo el Curso, contando la de los exámenes, en los cuales

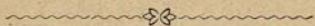
ble según su sexo. (Por no decir manos ó piés, y concluir con estos un folletuco en que tanto *meto la pata*).

me dieron *notable*, nada menos, y no sobresaliente, por quitarme así el derecho al premio, que de otro modo me lo llevo, y fuera modestia: ya estoy harto de *cabezadas* y otros golpes, y de hacer el modesto, y he escrito mi folletuco *adrede*, como si fuese yo un *payaso*, y Cristo con todos.

Es la nuestra una época de tal rebajamiento de caractéres, que salvo circunstancias excepcionales en que el buen sentido reclama sus derechos, únicamente aplaudimos á los payasos.

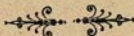
Por uno de tantos pasaré yo á los ojos de muchos; pero, ¿qué me importa, si escribo á cosa hecha? Ríanse de mí, en hora buena. Como no nos hacen reir las Encíclicas y las Pastorales, maldito si nos dan frio ni calor. Que se rían de mi libraco. Tirios y Troyanos; eso busco, y acaso encuentre así, por el camino de la curiosidad, el del alma de mis lectores. Nuestro desequilibrio físico y moral, pregonero de los desórdenes de una generación corrompida que lleva *el signo de la bestia*, no tolera más que *cosquilleos*. Pues busquémosle las *cosquillas* á todo el mundo. ¿Qué viene á sér mi folletuco, sino un *cosquilleo* continuo?

ÍNDICE




Páginas.

A mis Acreedores.	
Advertencias.	7
I.	14
II.	61
III.	97
IV.	149
V.	183
Un Brindis.	233
Aclaraciones.	251



PROTESTA



Si en este libro apareciese alguna cosa contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

El Autor.



Fe de yerros y *erratas*
De un folletuco escrito con las...

Porque no saliese muy abultado este folletuco la he repartido, sin agotarla, ni mucho menos, en unas cuántas notas equivalentes á la de *suspense*, que *motu proprio*, me adjudico en Gramática castellana.

La única errata de imprenta que reservo para el final de mi folletuco, es una de la última nota. Donde dice, «*tonsadas*» de la tauromaquia, debe decir, «*tomadas*». Que no lea nadie, *tontadas*, y, haya en este folleto *más* de las escritas por mí, *adrede*.



Biblioteca Regional de Madrid



1001600

17503



1001600

